



**GERHARD L.
WEINBERG**

**LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**

UNA HISTORIA ESENCIAL

CRÍTICA

Gerhard L. Weinberg

LA SEGUNDA
GUERRA MUNDIAL

Traducción castellana de
Luis Noriega

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: febrero de 2016

La segunda guerra mundial
Gerhard L. Weinberg

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *World War II. A Very short introduction*

© Gerhard L. Weinberg, 2014
© de la traducción, Luis Noriega, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-901-0
Depósito legal: B. 634 - 2016
2015. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Contenido

Introducción	7
1. Los años de entreguerras	13
2. Empieza la segunda guerra mundial	35
3. La guerra en el oeste: 1940	53
4. La operación Barbarroja: la invasión de la Unión Soviética	77
5. Japón extiende la guerra con China	95
6. Cambio de curso: otoño de 1942-primavera de 1944	115
7. La evolución del frente interno y los avances tecnológicos y médicos	137
8. La victoria de los Aliados, 1944-1945	155
Conclusión	173
Lecturas adicionales	179
Índice de mapas	187
Índice alfabético	189

La conferencia de paz de 1919

Los representantes de las potencias vencedoras que redactaron los tratados de paz con Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria y el sucesor del Imperio otomano tuvieron que enfrentarse a numerosos problemas de gran complejidad. Qué trato debía darse a las Potencias Centrales derrotadas; cómo lidiar con los nuevos Estados que emergieron de las ruinas de los Imperios ruso, austrohúngaro y otomano; cómo manejar el conflicto entre China y Japón por la antigua colonia alemana en China; qué hacer con el resto de las colonias alemanas; y cómo reducir el riesgo de que un desastre como el que acababa de terminar ocurriera de nuevo. Resulta útil ver muchos de estos rompecabezas como distintas facetas de una misma cuestión fundamental (algo que la bibliografía sobre la conferencia de paz de 1919 rara vez menciona): cómo reorganizar Europa y los territorios de otras partes del mundo en un momento en que el principio nacional sustituía al principio dinástico como supuesto básico de la territorialidad. Este era un problema que no habían tenido que plantearse los encargados de pacificar el continente en 1815 tras los trastornos ocasionados por la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. Muchos de los participantes en la confe-

rencia de París pensaban que el conflicto que acababa de concluir era en gran medida consecuencia del fracaso para adaptarse al principio nacional, obvio en las guerras de los Balcanes de comienzos del siglo xx y en el enfrentamiento entre Serbia y Austria-Hungría.

Los esfuerzos de los diplomáticos por abordar esta cuestión fundamental (cómo facilitar el paso de los Estados basados en la lealtad a una dinastía a los Estados fundados en la identidad nacional de su pueblo) no fueron del todo justos o razonables, pero rara vez han recibido el reconocimiento que merecen. El número de pueblos europeos que creían estar sometidos a gobernantes desde su punto de vista extranjeros se redujo enormemente después de la guerra. Además, había tres aspectos del acuerdo de paz considerado en su conjunto que encajaban dentro de este esfuerzo de ajuste y como tales debería entenderse los. Varios de los nuevos Estados europeos fueron obligados a firmar tratados en los que prometían respetar los derechos de las minorías nacionales residentes dentro de sus fronteras. Este sistema de protección de las minorías nacionales no funcionó tan bien como sus creadores esperaban, pero su empeño por conseguirlo merece reconocimiento. La segunda característica del acuerdo de paz que encaja dentro de la idea de ajustar las fronteras a la nacionalidad fue que estipulaba la celebración de plebiscitos en varias áreas de Europa para que sus habitantes votaran con qué nacionalidad se identificaban, con la intención de que las preferencias que expresaran se reflejaran luego en el trazado de las nuevas fronteras. Esto también generó problemas, pero, una vez más, la idea es digna de elogio.

El tercer aspecto del acuerdo de paz que apuntaba al nuevo enfoque de concentrarse en los gobernados antes que en los gobernantes resulta visible en las disposiciones sobre el Imperio colonial alemán y las porciones no turcas del Imperio otomano. Unas partes muy pequeñas de las colonias alemanas, Camerún y Togo en África occidental, se incorporaron a las colonias bri-

tánica y francesa adyacentes, y un trozo minúsculo del África oriental alemana (Tanzania) se añadió a la colonia portuguesa de Mozambique; sin embargo, el grueso del Imperio colonial de Alemania se convirtió en lo que se denominó «mandatos», al igual que las partes del Imperio otomano asignadas al Reino Unido y Francia. Los mandatos se clasificaron en tres categorías: los A, de los que se esperaba que pudieran convertirse en estados independientes relativamente pronto; los B, en los que se preveía que este proceso fuera más prolongado; y los C, de los que era posible esperar que estuvieran bajo control extranjero por un largo tiempo. La administración de esos territorios se encomendó a los distintos países vencedores hasta que estuvieran en condiciones de alcanzar la independencia, y se esperaba que los nuevos gobernantes rindieran cuentas sobre ello a un comité especial de la organización internacional recién creada. Hay una diferencia significativa entre este procedimiento y el empleado anteriormente en otros conflictos internacionales, en los que territorios como ciertas partes de la India, Canadá y otras áreas del hemisferio occidental, Asia y las islas del Pacífico se transfirieron de un Imperio colonial a otro sin considerar siquiera la posibilidad de que sus habitantes pudieran preferir en algún momento ser gobernados desde su propia capital y no desde Londres, París, Madrid, Lisboa, Washington, Tokio, Roma o cualquier otra metrópoli.

Otras dos innovaciones son dignas de mención. En primer lugar, se creó una nueva organización internacional denominada la Sociedad de las Naciones, algo para lo que la influencia de Estados Unidos fue decisiva. La carta del nuevo organismo, conocida como «el Pacto», se introdujo en el texto de todos los tratados de paz como primera parte. La idea era que la terrible guerra que acababa de terminar hacía necesario abordar las relaciones internacionales desde una nueva perspectiva con la esperanza de impedir que se repitiera un conflicto semejante. Habría un nuevo foro internacional permanente en el que sería posible

discutir toda cuestión que resultara acuciante en su momento; un mecanismo para velar por las minorías, cuidar de los mandatos y celebrar plebiscitos; y una forma de protección colectiva de la independencia de cada miembro de la organización. Si bien la Sociedad de las Naciones no funcionó tan bien como se esperaba, el concepto introdujo en las relaciones internacionales un nuevo elemento que repercutiría en la forma de pensar de los pueblos y los líderes políticos durante el resto del siglo.

La otra innovación fue la inclusión en el tratado de paz con Alemania de una cláusula para juzgar a los criminales de guerra. Esta fue una de las disposiciones más detestadas por los alemanes y, al final, en lugar de juicios internacionales, la responsabilidad recayó sobre un tribunal alemán con sede en Leipzig. Los juicios celebrados allí resultaron ser una farsa, y eso hizo que se utilizara un enfoque diferente durante y después de la segunda guerra mundial; pero, una vez más, el concepto introdujo un nuevo elemento en la forma de pensar acerca de los horrores de la guerra. Tras la llegada al poder de los nacional-socialistas, el capitán de un submarino que había torpedeado un buque hospital y luego ordenado que se ametrallara los botes salvavidas de los supervivientes podía abrigar la esperanza de hacer una gran carrera militar en Alemania, pero el tratado de 1919 demostró que existía una nueva forma de considerar conductas semejantes.

Dado que tanto Austria-Hungría como el Imperio otomano desaparecieron al final del conflicto, el tratado de paz con Alemania era el de mayor trascendencia de todos. Fue en él donde el cambio del principio dinástico por el principio nacional se reveló al mismo tiempo más importante y más polémico. Aunque Alemania era la más nueva de las grandes potencias, pues existía desde hacía menos de medio siglo, el país no se dividió. Estaba claro que las personas que vivían en él pensaban en sí mismas como alemanes más que como prusianos, wurtemburgueses, sajones o bávaros. Por un lado, se dispuso que Alemania

debía devolver los territorios adquiridos en el último siglo y medio a sus anteriores propietarios: Francia, Dinamarca y Polonia; sin embargo, no se entregó a los vencedores ninguna zona significativa del territorio que estuviera con claridad habitada por alemanes. Estas decisiones de los pacificadores planteaban cuestiones de suma importancia para el futuro.

En relación con la devolución de tierras a Dinamarca y Polonia, se dispuso la celebración de plebiscitos en aquellas áreas en las que había dudas sobre el trazado de la nueva frontera, algo que también se estipuló para el caso del Sarre, un territorio que se separaría de Alemania durante quince años. La devolución de los territorios tomados a Polonia suscitó objeciones muy violentas en Alemania. En las tres particiones de Polonia que tuvieron lugar en 1772, 1793 y 1795, los gobernantes de Brandeburgo-Prusia se habían apropiado de grandes áreas del país en un proceso que acercó Rusia a Europa central y, en un principio, creó un corredor este-oeste que conectaba Brandeburgo y Prusia. La devolución a Polonia de gran parte de las tierras tomadas por Alemania, lo que, como ocurría antes de 1772, implicaba un corredor norte-sur, enfureció a muchos alemanes pese a que Polonia existía como Estado mucho antes que Alemania. Un aspecto de esa indignación tuvo una importancia enorme tanto entonces como en las décadas posteriores. Muchísimos alemanes pensaban que los polacos y otros pueblos eslavos de Europa oriental eran inferiores desde un punto de vista racial y cultural. La idea de pedirle a esa población que votara si se sentían alemanes o polacos implicaba una equivalencia que muchos alemanes encontraban insultante, pues se consideraban pertenecientes a una categoría completamente diferente de seres humanos. Cuando la delegación alemana en la conferencia de paz convenció a los vencedores de realizar un plebiscito en la Alta Silesia, en lugar de transferir el territorio a Polonia como originalmente se planeaba hacer, con la esperanza de que la región pudiera dividirse, como al final ocurrió, mu-

chos alemanes no lo interpretaron como un triunfo importante de su equipo negociador sino como un insulto más al concepto que tenían de sí mismos. El hecho de que muchos de los estados alemanes como Prusia, Baviera y Oldemburgo hubieran sido y continuaran siendo territorios no contiguos hasta 1945 se pasó por alto una y otra vez.

Otro aspecto de gran importancia fue la discusión acerca de la frontera occidental de Alemania y la forma en que la conferencia de paz la resolvió. Dado que Francia había sido invadida dos veces por los alemanes en el pasado reciente, en 1870 y en 1914, a los franceses les preocupaba una posible agresión alemana en el futuro (una preocupación similar a la que muchos países europeos abrigaban respecto a Francia en 1815). La opción de separar la Renania de Alemania y crear un Estado aparte se consideró seriamente, pero si bien eso podía servir para proteger a Francia de una invasión alemana, implicaba una violación drástica del principio nacional. Por insistencia de las delegaciones británica y estadounidense se decidió que la Renania permaneciera dentro de Alemania mediante la implementación de acuerdos diseñados para ofrecer una protección alternativa a Francia y Bélgica. Las tierras al oeste del Rin y una franja de cincuenta kilómetros al este de él habían de desmilitarizarse y permanecer así. Además, el Reino Unido y Estados Unidos firmaron tratados de garantías con Francia comprometiéndose a acudir en su ayuda en caso de que Alemania la invadiera. Se consideró que estos acuerdos proporcionarían seguridad a Francia al tiempo que se respetaba el principio nacional. Alemania conservaría la región, pero descartaría atacar a Francia pues ello automáticamente la llevaría a la guerra con el Reino Unido y Estados Unidos. Asimismo, la zona desmilitarizada obligaría a Alemania a respetar la independencia de Polonia y de los pequeños Estados que habían surgido de la división del Imperio austrohúngaro, pues funcionaba como una puerta abierta para una invasión desde el oeste. Por desgracia, la nega-

tiva del Senado estadounidense a ratificar el tratado de garantías y, a continuación, la negativa del Reino Unido a ser el único garante contribuirán al derrumbamiento de la estructura de la paz en la década de 1930. Cuando Estados Unidos se retiró del sistema de tratados que había ayudado a diseñar, la tarea de hacer cumplir los pactos recayó sobre los países que habían quedado más debilitados por la guerra, y eso animó a los derrotados a volver a probar suerte.

El tratado con Alemania tenía otras dos categorías de disposiciones de las que los alemanes se resintieron en grado sumo y a las que encontraron luego formas de socavar o ignorar, a saber, las que imponían restricciones a las fuerzas armadas del país y las que estipulaban las reparaciones de guerra. Los alemanes habían introducido el bombardeo de ciudades muy alejadas del frente en el arsenal de estrategias bélicas, y los Aliados, que no compartían su entusiasmo por ese enfoque, prohibieron a Alemania tener una fuerza aérea de carácter militar. No obstante, después de 1918 los alemanes utilizaron las instalaciones proporcionadas por sus amigos soviéticos para evadir esa restricción (y en la segunda guerra mundial aprenderían dolorosamente que si insistían en bombardear ciudades, otros estaban dispuestos a pagarles con la misma moneda). E hicieron lo mismo para eludir las prohibiciones de desarrollar vehículos blindados y submarinos. Por otra parte, el límite que el tratado imponía al tamaño del ejército, cien mil hombres, se evadió, por ejemplo, mediante el adiestramiento militar de la policía. Si bien el Parlamento alemán convirtió el tratado en ley, los altos mandos militares, que habían jurado respetar la constitución y las leyes de la República, se enorgullecían de romper ese juramento con tanta frecuencia como les era posible.

En guerras anteriores, los vencedores con frecuencia imponían una indemnización al perdedor, un ejemplo reciente en la época era la indemnización que la nueva Alemania impuso a Francia en 1871. Quienes redactaron el tratado de paz plantea-

ron la cuestión de manera diferente. Dado que el grueso de los combates y la destrucción consecuencia de ellos se había producido fuera de Alemania, tanto en el tratado como en las negociaciones y debates posteriores se utilizó el término «reparaciones» para subrayar que en lugar de una penalización por haber perdido una guerra, lo que Alemania iba a pagar eran los costos de reparar el daño que había causado. No podemos repasar aquí la larga y compleja historia de las reparaciones de guerra, pero hemos de mencionar las consecuencias clave pues incidieron sobre los acontecimientos posteriores tanto dentro de Alemania como de los países vencedores. Para evitar el pago de las reparaciones, en 1923 el gobierno alemán destruyó deliberadamente el valor de su moneda a través la inflación y en 1931-1932 viró hacia una deflación drástica. El resultado en el ámbito internacional fue que Alemania pagó en realidad poquísimo y los vencedores tuvieron que asumir los costos de la reconstrucción, lo que, en consecuencia, los debilitó todavía más. Sin embargo, dentro de Alemania el efecto fue una tremenda insatisfacción con el gobierno y una mayor disposición a apoyar el tipo de régimen abanderado por los nacionalsocialistas.

Alemania después de la primera guerra mundial y el ascenso de Hitler

En la confusa situación que se vivía dentro de Alemania tras una derrota que prácticamente nadie había previsto, varios grupos e individuos dieron un paso al frente para ofrecer explicaciones de lo que había ocurrido y presentar propuestas para un futuro diferente. Buena parte del estamento militar y algunos líderes políticos sostenían que Alemania no había sido derrotada en el frente sino apuñalada por la espalda por los socialistas, los comunistas, los judíos y otros elementos supuestamente subversivos. Siendo los beneficiarios de la derrota que habían

causado, eran esos grupos los que ahora gobernaban el Estado. Un nuevo sistema en el que no hubiera espacio para las diferencias internas (diferencias ejemplificadas en la existencia de múltiples partidos políticos) garantizaría la victoria en las guerras del futuro de un Estado dirigido por el único líder del único partido político. El Partido Nacionalsocialista encabezado por Adolf Hitler fue consiguiendo cada vez más apoyos a través de este mensaje. Creyendo equivocadamente que era posible controlar ese movimiento, y previendo un resultado diferente en cualquier guerra que les deparara el futuro, los hombres que rodeaban a Paul von Hindenburg, el presidente electo de Alemania, le convencieron de nombrar a Hitler canciller a finales de enero de 1933.

En sus escritos y discursos Hitler se había aferrado a la leyenda de la puñalada por la espalda y había elogiado el sistema soviético y el fascismo italiano por permitir solo un único partido político. Había insistido en que para Alemania el camino hacia el futuro residía NO en las guerras libradas para recuperar las áreas del territorio nacional perdidos en el tratado de paz (la estupidez defendida por lo que él denominaba *Grenzpolitiker*, los políticos de fronteras) sino en las guerras libradas para obtener el enorme *Lebensraum*, espacio vital, que reclamaba un *Raumpolitiker*, un político del espacio, como él mismo. En apenas unos pocos meses de 1933, Hitler consolidó en Alemania la dictadura del único partido y, de forma simultánea, aceleró el rearme que el país venía llevando a cabo en secreto. Pocos días después de haberse convertido en canciller, Hitler explicó a los mandos militares que el objetivo de esa medida era la conquista y germanización de un vasto espacio vital en Europa oriental.

Hitler daba por sentado que la aceleración sustancial del programa de rearme hasta entonces secreto sería suficiente para la primera de las guerras que tenía intención de emprender, a saber, la guerra contra Checoslovaquia, con la que planeaba

consolidar la posición de Alemania en Europa central y aumentar las divisiones del ejército que podía reclutar. La siguiente guerra requeriría nuevas armas, en especial bombarderos en picado de uno y dos motores y tanques y buques de guerra más grandes, pues esa sería contra Francia y el Reino Unido, dos países que habían causado grandes dificultades a Alemania en el último conflicto. Luego vendría la invasión de la Unión Soviética, para la que la derrota de las potencias occidentales era un prerequisite obligatorio, pero para la que, según preveía Hitler, no sería necesario nuevo armamento. Desde su punto de vista, derrotar a ese país de eslavos inferiores no entrañaba dificultad alguna; en lo que en su opinión había sido un golpe de buena suerte para Alemania, la revolución bolchevique había privado a Rusia de la anterior élite gobernante, en gran parte germánica, y el país estaba ahora gobernado por, subrayaba, incompetentes. Una vez hubiera aplastado a los soviéticos, Alemania podría contar con las materias primas (en particular petróleo) que necesitaba para la guerra que libraría a continuación contra Estados Unidos, un país que si bien también era inferior desde un punto de vista racial, se encontraba muy lejos y poseía una fuerza naval importante. Por tanto, en 1937, cuando el diseño y la producción de las armas para la guerra contra Francia y el Reino Unido estaban ya en marcha, Hitler ordenó iniciar los planes para la construcción de los bombarderos intercontinentales y los superacorazados necesarios para la guerra contra Estados Unidos, pues previó con acierto que el desarrollo y producción de ese nuevo armamento tardaría años.

El mundo reacciona ante Hitler

A diferencia de Alemania, los demás países del mundo no estaban preparados para creer que, después de la experiencia de lo que entonces se conocía como la Gran Guerra, alguien pudiera

pensar en serio en iniciar nuevas guerras que con toda probabilidad terminarían arrastrando a la mayor parte del planeta. En las décadas de 1920 y 1930 se hicieron toda clase de esfuerzos para limitar y reducir los armamentos, y si bien estos no fueron muy eficaces, constituyen una demostración de lo que la mayoría de las principales potencias creían entonces necesario. La retirada formal de Alemania de la Sociedad de las Naciones y la Conferencia de Desarme en 1933 no se interpretó como una señal de que estaba decidida a reiniciar el conflicto. De forma similar, a la retirada de Japón de los acuerdos para limitar el poderío marítimo, la respuesta de Estados Unidos y en menor medida del Reino Unido consistió apenas en un rearme naval mínimo. La invasión japonesa de Manchuria en 1931 y la reanudación de la guerra con China en 1937 se vieron con desaprobación, pero no hubo respuestas militares por parte de otros países. Debido a sus excelentes relaciones tanto con China como con Japón, fue Alemania la que intentó con ahínco mediar en el conflicto en el otoño e invierno de 1937. Cuando el gobierno de Tokio rechazó cualquier acuerdo con el gobierno nacionalista chino, Hitler optó por apoyar a los japoneses. Desde hacía mucho tiempo había propugnado por una alianza con Italia, tanto porque admiraba al dictador Benito Mussolini como porque ello le permitiría expandir su imperio a expensas de los Aliados de la Gran Guerra. Lo mismo ocurría con Japón, lo que lo hacía un candidato oportuno para una alianza.

A medida que Alemania fue rearmándose de forma más abierta en la década de 1930, el Congreso estadounidense promulgó las que se conocieron como «leyes de neutralidad». Estas leyes quizás habrían conseguido mantener a Estados Unidos fuera de la guerra de 1914, pero su efecto en el contexto de la época fue aumentar la probabilidad de que se produjera un nuevo conflicto pues desalentaban los esfuerzos de Francia y el Reino Unido al tiempo que alentaban los de Alemania. Los gobiernos francés y británico no estaban dispuestos a ir a la guerra

para detener las violaciones patentes del tratado de paz llevadas a cabo por Alemania. Tras el enorme número de bajas de la Gran Guerra, la opinión pública de ambos países era renuente a embarcarse en un nuevo conflicto, una posibilidad que era vista con horror. El desarme del Reino Unido había sido amplio y los franceses habían iniciado la construcción de una gran línea de fortificaciones con la esperanza de disuadir o, en caso contrario, repeler cualquier nueva invasión alemana. Las interminables quejas de Alemania por la supuesta severidad del tratado de paz de 1919 también afectaron a la población y los líderes políticos de ambos países. Uno de los generales alemanes capturados en Túnez en mayo de 1943 fue grabado en febrero de 1944 mientras decía a otros generales prisioneros que todos ellos saltarían al techo de alegría si Alemania conseguía asegurarse un nuevo Tratado de Versalles. Sin embargo, ese reconocimiento llegaba demasiado tarde, cuando hacía tiempo que los alemanes habían logrado convencer a muchas personas en los países vencedores de que se les permitiera incumplir, con mayor laxitud si cabe, los términos de ese tratado.

Con Alemania cada vez más alineada con Italia y Japón, el Reino Unido se sentía cada vez menos animado a enfrentarse al país. Las amenazas al Imperio británico y la Mancomunidad de Naciones en todo el mundo invitaban a ser cautelosos en Europa así como en el Mediterráneo y Asia oriental. Al mismo tiempo, amargas divisiones internas debilitaron la posición de Francia, que se vio desprovista del respaldo que Estados Unidos y el Reino Unido le habían prometido a cambio de permitir que la Renania siguiera formando parte de Alemania. En marzo de 1936, cuando los alemanes rompieron la otra parte de ese acuerdo y remilitarizaron la región, el gobierno francés decidió que pese a ello no respondería aún con una acción militar. Los tratados que Francia había firmado con varios de los nuevos Estados de Europa oriental no se consideraban un sustituto eficaz de la alianza franco-rusa previa a la primera guerra mundial, y el tra-

tado alcanzado con la Unión Soviética en 1935 no parecía muy útil cuando el líder comunista, Iósif Stalin, estaba llevando a cabo una purga masiva que dejaría decapitado al ejército y no existía frontera común entre Alemania y la Unión Soviética.

En marzo de 1938, cuando Hitler ordenó al ejército alemán entrar en Austria, ningún país estaba dispuesto a luchar por la independencia de un pueblo que, como mostraban las imágenes y los informes, se sentía encantado de perderla. Los austríacos necesitarían ser alemanes durante siete años para descubrir que no eran alemanes en absoluto. No obstante, la anexión de Austria tuvo varios efectos significativos de inmediato. El respaldo del que gozaba Hitler en Alemania creció aún más; el país adquirió activos económicos importantes, así como nuevas fronteras directas con Italia, Hungría y Yugoslavia; y la amenaza alemana aumentó enormemente sobre Checoslovaquia.

La crisis por Checoslovaquia

Hitler esperaba invadir Checoslovaquia en el otoño de 1938 y apoderarse de casi la totalidad del país, posiblemente dejando su provincia más oriental a Hungría y una pequeña zona a Polonia. La geografía y la propaganda se encargarían de impedir la intervención foránea y mantener aislada esa guerra, la primera de las que planeaba emprender. El aspecto geográfico resultaba claro viendo un mapa de Europa: con la excepción de una pequeña frontera con Rumanía, todos los países que rodeaban a Checoslovaquia eran enemigos suyos. El aspecto propagandístico era la presencia dentro de Checoslovaquia de unos tres millones de alemanes, la mayoría de los cuales vivía en las zonas fronterizas de la región de Bohemia. Si se conseguía concentrar la suficiente atención en el supuesto sufrimiento de esta minoría y se animaba a sus miembros a causar cierta cantidad de incidentes violentos, la invasión del país por parte de Ale-

mania sería percibida como un castigo merecido en el que nadie pretendería interferir. A fin de cuentas las fronteras habían sido trazadas de acuerdo con las preferencias de las diversas poblaciones; el hecho de que, en el proceso, el Estado checoslovaco terminara desapareciendo era algo que, en opinión de Hitler, tendría lugar demasiado tarde para que alguien pudiera impedirlo.

La campaña de propaganda alemana funcionó muy bien, aunque al final tuvo un efecto imprevisto. El gobierno británico instó a los dirigentes checoslovacos a hacer amplias concesiones a la minoría alemana al mismo tiempo que Hitler le decía a esta que no dejara de hacer exigencias. En julio de 1938, el gobierno francés informó en secreto a los checos de que Francia no podía permitirse ir a la guerra por la cuestión de la minoría alemana; y los dominios de Canadá, la Unión Sudafricana y Australia comunicaron a Londres advertencias similares. El primer ministro británico, Neville Chamberlain, seguía abrigando la esperanza de que la guerra pudiera evitarse si Praga hacía ciertas concesiones; y aunque Winston Churchill criticó públicamente ese enfoque, de forma confidencial reconoció a las autoridades checoslovacas que, de estar él en el poder, hubiera tenido que adoptar la misma política.

Cuando parecía que los alemanes estaban a punto de atacar, Chamberlain insistió en volar a Alemania. Hitler, que seguía empeñado en ir a la guerra, no podía negarse a recibir al primer ministro británico. Esperando que sus exigencias no fueran satisfechas, insistió en que Checoslovaquia entregara a Alemania las zonas fronterizas en las que vivía la minoría alemana y donde se encontraban las fortificaciones defensivas del país. Para sorpresa y decepción del líder alemán, Chamberlain consiguió que Praga accediera a semejante petición y se lo comunicó en un segundo encuentro. Sin embargo, cuando Hitler, que quería a toda costa evitar un acuerdo pacífico, planteó una nueva serie de exigencias, los gobiernos británico y francés entendieron que

lo que Alemania buscaba era una excusa para ir a la guerra y movilizaron sus ejércitos para dejar claro que si Alemania atacaba, ellos también lo harían. En este contexto, e informado de que la opinión pública alemana seguía prefiriendo la paz, Hitler respondió a la mediación de Mussolini —cuyo país no estaba en condiciones de intervenir en un conflicto de grandes proporciones después de la guerra para conquistar Abisinia (Etiopía) y la ayuda que seguía ofreciendo al ejército nacionalista de Francisco Franco en la guerra civil española— y canceló la invasión de Checoslovaquia y accedió a un tercer encuentro en Múnich, donde se conformó con la que era su meta ostensible, no su meta real.

Alemania inicia la segunda guerra mundial

El acuerdo de Múnich, según el cual el área fronteriza de Bohemia y su población predominantemente alemana pasaban a formar parte de Alemania, se suele considerar una rendición ante la agresión alemana. Sin embargo, mientras a nivel mundial produjo un suspiro de alivio ante el hecho de que se había evitado un nuevo conflicto, ofendió terriblemente a Hitler, que llegó a considerar lo ocurrido como el peor error de su carrera. Con o sin razón, creía que ir a la guerra en ese momento habría sido mejor para Alemania, y en consecuencia no solo decidió que iría a la guerra al año siguiente, 1939, sino que lo haría de tal forma que nadie pudiera evitarlo con engaños (que es lo que él pensaba que Chamberlain había hecho en 1938). Se apoderaría del resto de Checoslovaquia a la primera oportunidad, una que Alemania misma contribuiría a crear; fomentaría la psicosis de guerra entre la opinión pública germana; y a continuación lanzaría la guerra contra las potencias occidentales que, en su opinión, era un prerrequisito para la posterior invasión de la Unión Soviética. Para que Alemania pudiera concentrar sus fuerzas en

el oeste sin correr riesgos, era necesario subordinar a los vecinos orientales del país. En el invierno de 1938-1939 esa subordinación era un hecho en los casos de Hungría y Lituania, pero no en el de Polonia.

Los dirigentes de la recuperada Polonia estaban dispuestos a hacer concesiones a Alemania en una negociación seria. Estaban preparados para facilitar el tránsito entre el territorio principal de Alemania y Prusia oriental e incluso a partir el territorio de la Ciudad libre de Dánzig de tal forma que la ciudad en sí pasara a manos alemanas, pero no iban a subordinar la totalidad del país a los dictados de Alemania. Aunque eran conscientes de la debilidad del país, situado entre una Alemania hostil y una Unión Soviética igualmente hostil, estaban decididos a pelear antes que a renunciar a su independencia. Esta posición de Polonia coincidió con un cambio en las políticas de Francia y el Reino Unido.

La evidente insatisfacción de Alemania con la anexión de parte de Checoslovaquia, en teoría, la última exigencia que tenía, llevó a París y a Londres a adoptar una nueva perspectiva. En invierno los rumores acerca de un posible ataque alemán contra los Países Bajos, Rumanía y Polonia desencadenaron un cambio en el que ambos gobiernos llegaron a la conclusión de que si Alemania atacaba a cualquier país que optara por defenderse, ya fuera en Europa occidental o en Europa oriental, tendrían que acudir a ayudarle. Este punto de vista se vio reforzado en marzo de 1939, cuando Alemania invadió la zona central y más importante de Checoslovaquia y quedó demostrado que la minoría alemana dentro del territorio checo no era lo que realmente preocupaba a Berlín. Este paso fortaleció la voluntad de las dos potencias occidentales de prepararse para hacer frente a la próxima agresión alemana si la víctima decidía defenderse. Adoptada esta resolución, el Reino Unido aprobó la primera política de reclutamiento en tiempos de paz de su historia. Después de la segunda guerra mundial, los Aliados acordarían el

traslado forzoso de la minoría alemana de Checoslovaquia a territorio alemán. Quienes en 1939 había gritado *Heim ins Reich* (el hogar en el Reich) verían entonces cumplido su deseo en una forma que no habían previsto.

Aunque Hitler esperaba llevar a cabo una campaña aislada contra Polonia, el preámbulo necesario de la guerra contra Francia y el Reino Unido, estaba preparado para enfrentarse a estos tres países de manera simultánea y programó la invasión de Polonia para el otoño previendo que el invierno retrasaría cualquier represalia de envergadura desde el oeste. Por otro lado, veía en la alianza pública con Italia y las negociaciones con Japón un modo de desalentar la intervención de ambas potencias occidentales. Sin embargo, los enfrentamientos con el Ejército Rojo en la frontera entre el estado títere de Manchukuo y el estado cliente soviético de Mongolia (el llamado incidente de Nomonhan o batalla de Jalkin-Gol) hacían que los japoneses fueran reacios a comprometerse en ese momento. Desde la perspectiva de Berlín la alternativa obvia a un acuerdo con Japón era un acuerdo con la Unión Soviética, que quería hacerse con una buena parte del territorio polaco y podía ayudar a Alemania a eludir cualquier bloqueo en caso de entrar en guerra con las potencias occidentales.

Las relaciones entre Alemania y la Unión Soviética habían sido buenas antes de la llegada de Hitler al poder, y desde entonces Stalin había intentado en repetidas ocasiones que volvieran a serlo, pero hasta el verano de 1938-1939 el líder alemán había rechazado tales esfuerzos pues la Unión Soviética no tenía fronteras en común ni con Austria ni con Checoslovaquia. Ahora, sin embargo, la situación era diferente. Así como Hitler creía en la inferioridad racial de los pueblos eslavos, a los que estaba convencido de que Alemania podría aplastar con facilidad en el momento oportuno, Stalin creía que el fascismo era una etapa del capitalismo, que a la Unión Soviética le convenía que los Estados capitalistas se pelearan entre sí y que el expan-

sionismo agrario de las doctrinas nazis no era más que una fachada para los verdaderos objetivos de un régimen subordinado a los intereses económicos en búsqueda de mercados y beneficios. Desoyendo la advertencia del presidente estadounidense Franklin Roosevelt de que una Alemania victoriosa en Europa occidental se volvería a continuación contra la Unión Soviética y Estados Unidos, Stalin utilizó las negociaciones para una alianza con el Reino Unido y Francia, anunciadas públicamente, para emprender negociaciones secretas con Alemania. Dado que Hitler esperaba al final quedarse con todo lo que cediera a la Unión Soviética e incluso más una vez que Francia y el Reino Unido hubieran sido aplastados, estaba dispuesto a ofrecerle a Stalin lo que este quisiera. En agosto de 1939, cuando el ministro de Exteriores alemán Joachim von Ribbentrop viajó a Moscú para firmar un pacto de no agresión y un protocolo secreto que dividía Europa oriental según lo acordado en los contactos diplomáticos, tenía autorización para ceder incluso más de lo que finalmente Stalin pidió. Los acuerdos firmados en Moscú el 23 de agosto estuvieron precedidos por un tratado económico que garantizaba a Alemania un medio de romper cualquier bloqueo occidental así como un socio para la destrucción de Polonia.

Cuando Hitler se enteró de que en Moscú se había llegado a un acuerdo, ordenó la invasión de Polonia. Ante la advertencia de Chamberlain de que el Reino Unido cumpliría su compromiso con Polonia, pospuso la invasión unos cuantos días en un último esfuerzo por disuadir a Londres, pero finalmente lanzó el ataque. Esta vez se había asegurado de que Alemania no pudiera verse atrapada en conversaciones de paz de cualquier tipo, como creía que había ocurrido en 1938. De igual forma, a diferencia de lo sucedido con Checoslovaquia, con Polonia no había en marcha negociaciones pormenorizadas y las exigencias finales, supuestamente moderadas, que Alemania planteó al país solo se anunciaron para asegurarse el respaldo de la opinión

pública alemana, pero incluso así se mantuvieron en secreto hasta que fue posible declarar que habían expirado. Los embajadores alemanes en Varsovia, Londres y París fueron apartados de sus puestos en los días críticos por un líder alemán cuyo único temor, según confeso a los mandos militares, era que a última hora algún *Saukerl* (cerdo) pudiera proponer un arreglo.

La preocupación de Hitler era innecesaria. El gobierno británico, que acababa de firmar una alianza formal con Polonia, lanzó un ultimátum a Alemania para que retirara las fuerzas invasoras y le declaró la guerra cuando, como se esperaba, esa retirada no se produjo. Unas horas después Francia procedió de forma similar. Canadá, Australia y Nueva Zelanda declararon la guerra a Alemania, y lo mismo haría, tras un breve intervalo, la Unión Sudafricana. En la India el gobierno colonial declaró la guerra mientras que Irlanda anunció que se mantendría neutral. El Imperio colonial francés se vio automáticamente involucrado en el conflicto, y si bien Mussolini no estaba aún listo para sumarse al bando alemán, era evidente que se avecinaba una nueva guerra mundial.